

# A cincuenta años de la Alianza para el Progreso: el debate por el socialismo

## *Fifty years of Alliance for Progress: debate for socialism*

Lázaro Díaz Fariñas

---

Facultad de Economía,  
Universidad de La Habana,  
Cuba.  
lazarodf@fec.uh.cu

### RESUMEN

El presente artículo enfatiza en el debate ideológico producido entre los defensores de un reformismo puesto al servicio del imperialismo norteamericano, contrario a la perspectiva socialista desarrollada al triunfo de la Revolución Cubana. Se trata la figura de Felipe Pazos y Roque, economista cubano al servicio de la Alianza para el Progreso, como ejemplo del actuar de economistas latinoamericanos que ayer y hoy intentan revivir las ideas estructuralistas de construcción del capitalismo nacional. Se explica cómo estas ideas han permeado parte del discurso de la actual izquierda en transformación. También se abordan ideas de teóricos del denominado socialismo del siglo XXI en cuanto al papel del Estado, la integración y el conocimiento en la nueva realidad histórica en un marcado panorama de debate ideológico.

**PALABRAS CLAVE:** burguesía nacional, estructuralismo, imperialismo, socialismo, socialismo del siglo XXI.

---

### ABSTRACT

*The present paper approaches the ideological debate between those advocating for a reformism at the service of North American imperialism, in contrast with the socialist perspective developed with the triumph of the Cuban Revolution. The paper refers to the personality of the Cuban economist that served the Alliance for Progress, Felipe Pazos y Roque, as an example of Latin American economists' performance that in the past, as well as in the present, tried to bring back the structural ideas of national capitalism construction. It explains how these ideas have infiltrated part of the discourse of present left wing transformation. Also, it covers some theorists' ideas of the so-called 21st century socialism, as to the role of the State, the integration and knowledge of a new historic reality in a marked scenario of ideological debate.*

**KEYWORDS:** *national bourgeoisie, structuralism, imperialism, socialism, 21st century socialism.*

**RECIBIDO:** 4/7/2012

**ACEPTADO:** 24/10/2012

*los términos medios son la antesala de la traición*

ERNESTO CHE GUEVARA

*Aquí en Venezuela, nuestra batalla es una expresión de la lucha de clases: el pueblo,  
las clases populares y los pobres contra los ricos y los ricos contra  
los pobres y los sectores populares*

HUGO CHÁVEZ

*que no se reblandezcan con los cantos de sirena del enemigo y tengan conciencia de que  
por su esencia, nunca dejará de ser agresivo, dominante y traicionero; que no se aparten  
jamás de nuestros obreros, campesinos y el resto del pueblo; que la militancia impida que  
destruyan al Partido*

RAÚL CASTRO RUIZ

## Introducción

Las condiciones de desarrollo del capitalismo en América Latina durante la década de 1950 marcaban una crisis que anunciaba una situación revolucionaria. Ello estaba influido por la quiebra del patrón de acumulación primario exportador; el subcontinente, entre 1957 y 1958 y después, entre 1960 y 1961, sufrió un deterioro acelerado en su relación con los términos de intercambio; se observaba que entre 1958 y 1962 estos disminuían en un 7,8 %. Esta situación comenzó después de terminada la Guerra de Corea, que amplificó los «efectos positivos» de la II Guerra Mundial para la región y, particularmente, para Cuba. A partir de entonces el ritmo de deterioro de los términos de intercambio fue algo mayor que después de 1958, por lo que alcanzó un promedio superior al 2,5 % anual. Este fenómeno venía a agravar la situación estructural crónica de América Latina, caracterizada por el saqueo producido por los monopolios norteamericanos y la depredación despiadada de las oligarquías tradicionales, los cuales capitalizaban la mayoría de la renta per cápita. La pérdida por concepto de comercio exterior en el periodo comprendido entre 1955 y 1960 fue de 1 280 millones de dólares (USD), en comparación con los cinco años precedentes (190 millones de USD). En ese periodo el pasivo de la balanza comercial, según los cálculos presentados, fue de 6,9 mil millones de USD, y el de la balanza de pagos corrientes, de 8,9 mil millones de USD; las cifras de algunos de estos años solo eran comparables con la balanza de 1932 en plena crisis mundial (Kollár, 1989, pp. 151-152). Para Cuba, en el periodo de 1948 y 1958 se calculó en, aproximadamente, 100 millones de USD (Rodríguez, 1983a, p. 194).

El deterioro de la economía exacerbó las contradicciones sociales y de clases que se reflejaron en una polarización social y en el empeoramiento de las condiciones en las cuales se desarrollaba la explotación capitalista y la extracción de plusvalía en la región.

En Cuba esta situación se profundizó por el tamaño de la zafra de 1952 –la más grande de la historia prerrevolucionaria–, al crearse grandes inventarios, los cuales no pudieron colocarse en el mercado internacional y determinaron una respuesta muy contradictoria: la dictadura militar de Fulgencio Batista. Esta desarrolló una política económica catastrófica,<sup>1</sup> acompañada del terror para implementarla a costa de la anulación de las conquistas sociales adquiridas por la Constitución de 1940, que preveía cambios sustanciales en el orden burgués nacional; ello creó las condiciones objetivas para el desarrollo de movimientos nacionales liberadores que, como en Cuba y la guerrilla colombiana, tuvieron una marcada influencia marxista-leninista y apostaron por el socialismo.

Desde 1949, con la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), se venía desarrollando en el seno de algunos sectores de la burguesía latinoamericana una teoría económica: el estructuralismo o desarrollismo; este devino en ideología económico-social, pues sus postulados tuvieron un mayor alcance que las teorías burguesas elaboradas para la región desde el centro capitalista, y partía además de un análisis científico de los principales problemas que incluía el interior de la economía y el sector externo, entre otras variables. En un trabajo precedente (Díaz Fariñas y Medina, 2006) se analiza a uno de los ideólogos más importantes de esta corriente: el economista cubano, ya fallecido, Felipe Pazos, quien estuvo relacionado con esta escuela desde su fundación<sup>2</sup> junto a su gestor, el economista argentino Raúl Prabisch.

Pazos, en un importante trabajo sobre la historia de estas ideas –*Cinuenta años de pensamiento económico latinoamericano*–, aseveró que uno de los propósitos y contenidos fundamentales de esta ideología era su esencia antisocialista y, de hecho, defensora del ideal reformista de la transformación del capitalismo nacional en América Latina (Pazos, 1983, p. 569). Ello es importante pues dichas ideas formaban parte de la antesala ideológica de la Revolución, pero una vez iniciado el proceso transformador demostraron límites para el desarrollo económico. Además, es relevante para entender el debate ideológico y cómo en él contendieron, de una parte, algunos ideólogos desarrollistas al servicio del capitalismo, y, por otra, las ideas socialistas de los principales dirigentes de la Revolución. La singularidad de este trabajo está en analizar aquel contexto histórico y cómo estas ideas estructuralistas reaparecen en el nuevo escenario político latinoamericano en una transición posneoliberal, así como lo peligroso que puede ser como

<sup>1</sup> Al respecto puede estudiarse la crítica marxista realizada por el destacado economista cubano Raúl Cepero Bonilla, quien se dedicó, desde abril de 1956 hasta agosto de 1957, a realizar una crítica objetiva de la política económica materializada en el gasto compensatorio (Cepero Bonilla, 1983, pp. 411-486).

<sup>2</sup> Felipe Pazos había sido fundador del departamento de economía latinoamericana del Fondo Monetario Internacional (FMI); allí, el asesor de la Banca Central, Robert Triffin, le presentó al destacado economista y banquero argentino Raúl Prabisch. Este, Felipe Pazos, Carlos Sanz de Santa María, Felipe Herrera y José A. Mayobre constituyeron el núcleo inicial de la CEPAL.

elemento desmovilizador un reformismo estructuralista en momentos en que se radicalizan procesos revolucionarios de cambio en América Latina.

### **América Latina en el nuevo escenario creado por la Revolución Cubana**

El hecho más impactante, por su influjo económico social, para la historia de Latinoamérica en el siglo xx fue el triunfo de la Revolución Cubana el 1.º de enero de 1959. Esto determinó la creación de un referente para el cambio social en esta parte del planeta y otras del Tercer Mundo. Al respecto, sobresale el fuerte influjo anticapitalista mostrado desde sus inicios con realizaciones concretas, palpables para las mayorías explotadas. Esto provocó un proceso de pugna entre las reminiscencias del viejo régimen y sus ideólogos, partidarios del proceso revolucionario, formados concienzudamente en la posibilidad de transformar el capitalismo, así como los que avanzaban en una nueva concepción teórica.

La Revolución, en los primeros años, rebasó sus principales metas históricas expuestas en el programa del Moncada, *La historia me absolverá*. Dentro de estas, una de las más importantes fue la Primera Ley de Reforma Agraria que supuso la erradicación formal del capitalismo en Cuba,<sup>3</sup> y otros resultados que recibieron el reconocimiento de importantes economistas marxistas y no marxistas fuera de Cuba, entre estos Paul Baran y Juan F. Noyola<sup>4</sup> –quien después continuaría trabajando en el área de la planificación en Cuba y que aportaría sustancia nueva a la ideología económica que se afianzaba por entonces.

Este último autor fue enviado por la CEPAL a Cuba a solicitud del gobierno revolucionario, en un momento en que la Revolución daba sus primeros pasos en la esfera económica. La idea del socialismo era aún muy velada. La Revolución Cubana no había declarado su carácter socialista; sin embargo, la realización radical de una reforma agraria –como ideal consensuado de muchos teóricos, dentro de ellos Prabisch– fue una clara demostración de la radicalidad del proceso transformador cubano. Noyola había realizado estudios sobre las economías de otros países latinoamericanos, lo que hizo que en él se formara una cosmovisión de que uno de los requisitos indispensables para el logro del desarrollo económico estribaba en la realización de una reforma agraria de absoluta radicalidad. De ahí su adhesión total a la Revolución.

<sup>3</sup> Aun cuando la ley establecía la posibilidad de que los propietarios conservasen hasta treinta caballerías de tierra, el monto de lo que se nacionalizó era de tal significación cuantitativa que el Estado aseguró la mayoría de la propiedad. Aunque la Reforma Agraria se da en los marcos democrático-burgueses, el hecho antes apuntado nos indica que la nacionalización socializó formalmente la tierra, y esto fue congruente con la teoría sobre la transición al socialismo en la época.

<sup>4</sup> Noyola asistió como asesor del comandante Ernesto Guevara a la quinta sesión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) en Punta del Este, Uruguay, en agosto de 1961. Su filiación marxista lo condujo a apostar por la Revolución Cubana; renunció a su investidura en la CEPAL, ante la intención de esta y de la Organización de Naciones Unidas (ONU) de romper con la Revolución Cubana. Murió al servicio de la Revolución en un trágico accidente aéreo en 1962.

Una clara concepción materialista del devenir histórico fue puesta de manifiesto por Noyola (1962) en su interpretación de la realidad de Cuba. Él insistió en la necesidad del análisis histórico concreto de nuestra sociedad para una cabal comprensión de ella y de su consecuente transformación. Esto le permitió destacar, como la característica más importante de la economía cubana prerrevolucionaria, su carácter dependiente del imperialismo norteamericano, causante del alto grado de deformación de su estructura económica y de su estancamiento. Para él, era de singular importancia estudiar las causas económicas y las transformaciones a realizar, fundamentalmente la necesidad de la reforma agraria y la industrialización del país. Ello esclarecía, desde una posición revolucionaria y marxista, los análisis precedentes de nuestra realidad económica que se realizaron desde diferentes posiciones ideológicas en las décadas de 1940 y 1950.<sup>5</sup>

Este escenario contendiente era compartido por economistas marxistas como Regino Botti, quien también había trabajado en la CEPAL; y por otros de clara tendencia reformista, como Felipe Pazos, quien como ministro y presidente del Banco Nacional de Cuba se encontraba en el equipo económico del gobierno revolucionario. Pazos era considerado, desde la práctica de la política económica, como un buen economista, con experiencia de trabajo en organismos internacionales y de probada honestidad intelectual, pero se opuso a la radicalidad del proceso revolucionario por lo que este significaría para las relaciones con Estados Unidos (Díaz Fariñas, 2009). Como ya expresamos, él se encontraba familiarizado con el núcleo duro del desarrollismo, lo cual manifestó a lo largo de toda su obra; los límites clasistas impidieron que avanzara en ideas más radicales como las que en ese momento proponía la más alta dirección de la Revolución para quebrar el subdesarrollo. En el pináculo del debate se situaba esta, con Fidel Castro, Ernesto Che Guevara, entre otros, quienes habían avanzado en el estudio de la obra de Marx, Engels y Lenin, lo que les había permitido llegar a importantes conclusiones que son el núcleo de la Revolución hasta hoy: la clara comprensión de que si no se eliminaban los mecanismos de sujeción creados por el imperialismo no habría desarrollo económico posible, y este, en las condiciones históricas de 1960, solo se podía realizar por la vía del desarrollo socialista. Ese escenario fue contradictorio, pues elementos representantes de la burguesía nacional ponían resistencia a los cambios, como era el caso de Felipe Pazos, uno de los representantes de los intereses burgueses en la lucha de clases.

### **Una lección para todos los tiempos. El caso de Felipe Pazos**

Felipe Pazos es un modelo de economista burgués o pequeño burgués clásico de Latinoamérica, muy aclamado por ideólogos del capitalismo, tanto en el

<sup>5</sup> El debate en torno al desarrollo económico alcanzó todo el entramado socio-clasista; marxistas como Carlos Rafael Rodríguez, Jacinto Torras y Raúl Cepero Bonilla ilustraron el desarrollo económico en los marcos del capitalismo dependiente. Otros no marxistas como Julián Alienes, Joaquín Martínez Sáenz y Gustavo Gutiérrez hicieron positivos avances en la comprensión del fenómeno del desarrollo, de indudable objetividad científica. Un análisis pormenorizado del fenómeno fue realizado en la tesis doctoral de Rafael Sorhegui (2002).

exterior como en Cuba; este pervive en el imaginario social hasta hoy. Como precedente importante combatió el sistema de plantación capitalista y la rémora del latifundio imperialista.<sup>6</sup> Fue un profesional de las ciencias económicas con mucho éxito, lo que lo llevó a ocupar importantes puestos como el de Jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Investigaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), y después Jefe de la División Latinoamericana de este. Sus intereses de clase lo llevaron a defender los de la pequeña burguesía y de otros sectores populares. Por su posición social y actuación política se ajusta a las interpretaciones que se han realizado por la teoría marxista acerca de la actuación de los burgueses no oligárquicos ni comprometidos con el imperialismo en la revolución social –existen elementos de la burguesía que aún no han entrado en contradicción con el proletariado u otros sectores hasta sus últimas consecuencias, dado el débil estado de este último para integrar un movimiento liberador como fuerza motriz.

Pazos realizó un estudio histórico del proceso de formación de la economía cubana para identificar el modelo de plantación como la causa de su subdesarrollo, en el que utilizó incluso la obra de Marx. Esto se corresponde con los análisis históricos aportados por Prabisch acerca de los límites del modelo primario exportador para el desarrollo del capitalismo nacional, a lo cual responden con la instauración de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), al partir de la teoría centro-periferia. Es de destacar el relevante papel metodológico que dicha teoría aportó al estudio de las relaciones económicas internacionales, su influencia sobre la teoría marxista de su tiempo en el continente, y para Cuba en particular (Díaz Fariñas y Medina, 2006).

En este sentido, Pazos analizó el sistema de relaciones de la economía cubana con la norteamericana, incluidas las relaciones financieras, lo cual lo condujo a abogar por la existencia de un Banco Central. Comprendió que la producción azucarera era una fracción de las necesidades de la economía norteamericana y que esta ya no era suficiente para la reproducción social en su conjunto, por lo que invitó a promover el desarrollo económico basado en la industrialización. Estudió otros problemas económicos como la inflación, un mal crónico en el continente.

A pesar de las aportaciones progresivas de Pazos a los estudios del desarrollo económico, Carlos Rafael Rodríguez, al referirse a la actitud revolucionaria de su clase social, señaló explícitamente que en nuestro continente existía una burguesía nacional. La definió, al retomar las bases leninistas, como aquel sector burgués medio, tanto agrícola como industrial, que produce para el mercado interno; pero para el caso cubano esta categoría económica no agota el alcance, dada la débil posición de esta en el sistema neocolonial, por lo que en realidad para Cuba es una categoría esencialmente política. Precisamente, su tarea histórica como clase social consistió en buscar espacios de realización en el mercado interno y la promoción de nuevas exportaciones

<sup>6</sup> En numerosas obras Pazos analiza la estructura de la plantación y su significado para la economía cubana, pero es singularmente visible en su artículo «La economía cubana en el siglo XIX», publicado por la *Revista Bimestre Cubana*, en 1949.

diferentes a las de la oligarquía, a costa de ganar espacios dentro del aparato estatal burgués oligárquico, tal y como se trató de realizar, infructuosamente, durante los llamados Gobiernos Auténticos, de los que Pazos formó parte en los equipos de gobierno –en las relaciones internacionales en el primero, y como ministro y presidente del Banco Central de Cuba, en el segundo.

Las condiciones de su reproducción social, a las que se une la complejidad de su relación con otros sectores, tanto oligárquicos como revolucionarios, impidieron que los sectores medios formaran un bloque homogéneo en torno a la liberación nacional. Les resultaba necesario romper la estructura semicolonial para poder desarrollarse como clase social, lo que los llevaría a entrar en contradicción con el imperialismo, la oligarquía, el movimiento obrero y el campesinado, una vez que mejoraran sus posiciones en la estructura clasista y política de la sociedad (Rodríguez, 1983a).

Consecuentemente, el accionar de Pazos estuvo dirigido a ocupar posiciones que legitimasen su actuación de clase en el estado neocolonial, cuestión que trató de amplificar al triunfo de la Revolución al buscar posiciones en defensa de la seudoburguesía nacional, así como tomar posiciones frente a sus enemigos históricos de clase. Al no encontrar en el gobierno revolucionario la posibilidad de accionar para legitimar sus intereses, brotó de sí el sentimiento de clase burgués, optó por defender la propuesta del imperialismo como mecanismo conciliador de sus intereses clasistas.

Este arquetipo de economista forma parte de una tradición que ha permeado por mucho tiempo los intentos revolucionarios de transformar la realidad. Ello se demuestra tanto en el campo burgués como en algunas fracciones de la autodenominada izquierda, lo cual toma nuevos visos en la contemporaneidad, con el relanzamiento del neodesarrollismo y del estructuralismo en realidades históricas distintas para las que fueron concebidos; pero que desde el punto de vista ideológico retoman la bandera del desarrollo del capitalismo nacional como fórmula frente al socialismo naciente, en una muy velada lucha de clases. Todo esto induce a repensar de forma metodológica lo que históricamente ha ocurrido con estos sectores medios dentro de las revoluciones en el continente, como bandera para redefinir la lucha de clases en las actuales condiciones históricas.

### **La Alianza para el Progreso y la exacerbación de un debate entre el desarrollismo y el socialismo**

La reacción del imperialismo no se hizo esperar tras los éxitos iniciales de la Revolución Cubana. Ello se materializó, entre otras cuestiones, en la conocida iniciativa propuesta por el presidente norteamericano John F. Kennedy, la Alianza para el Progreso,<sup>7</sup> como mecanismo de contención de dicha revolución. Esta iniciativa, supuestamente dirigida al logro del desarrollo económico de América

<sup>7</sup> La Alianza para el Progreso fue la política del gobierno de Estados Unidos ante la influencia recibida por los movimientos sociales latinoamericanos de la Revolución Cubana. Formalmente fue anunciada en un discurso del presidente ante el Congreso de Estados Unidos, el 13 de marzo de 1961.

Latina, tenía como objetivo principal fortalecer, mediante reformas financiadas con la participación de Estados Unidos, las posiciones de las burguesías locales capaces de maniobrar en el plano social, contra una eventual situación revolucionaria en el continente catalizada por la Revolución. La política comprendía un financiamiento de 20 000 millones de USD, lo cual en un corto periodo de tiempo reforzó las posiciones de la burguesía liberal, aunque no pudo extinguir el desarrollo del movimiento revolucionario.

¿Qué ideología la sustentaba y quienes fueron los receptores de esta política? La iniciativa contó con el apoyo de gobiernos reformistas, como el de Rómulo Betancourt en Venezuela, y tuvo como ideólogos a algunos representantes del estructuralismo latinoamericano –fuera de CEPAL– y de otras escuelas de pensamiento, pero fundamentalmente los primeros, quienes fueron invitados en calidad de «técnicos». Los «tanques pensantes» dedicados a los estudios hemisféricos tuvieron la sagacidad de potenciar esta situación, lo cual se reflejó en la política del gobierno de Kennedy, quien fue capaz de darse cuenta del impacto que ideológicamente producían entre amplios sectores populares las ideas de reformar el capitalismo en América Latina; ello era percibido por las políticas aplicadas en el continente, fundamentalmente la ISI, y trataba de mitigar los límites que estas habían tenido por la actuación de las oligarquías.<sup>8</sup>

Dentro de los «técnicos» asesores prominentes que trabajaban para la Alianza para el Progreso se encontraba Felipe Pazos, quien había desertado de las filas revolucionarias y fue nombrado al frente de la Nómina Nueve, también conocida como Grupo de los Nueve Sabios de la Alianza para el Progreso. Precedido de una fama merecida como economista y de su condición de desertor del proceso revolucionario, fue uno de los más importantes «caballos de batalla» de los estructuralistas al servicio del imperialismo yanqui.

Kennedy, inteligentemente, presentó allí la iniciativa en términos muy «patrióticos»:

fue entonces, en los albores de la libertad en todo el hemisferio, cuando Bolívar expresó su anhelo de ver a las Américas transformadas en la más grande región del mundo, «la más grande, no tanto por su extensión y riqueza como por su libertad y su gloria». Pero hemos de afrontar un problema de tan importantes dimensiones, nuestro proceder debe ser audaz a tono con la concepción majestuosa de la «Operación Panamericana». Por eso he hecho un llamado a todos los

<sup>8</sup> Esto fue desenmascarado por el Comandante Ernesto Guevara en su discurso en el CIES en Punta del Este, Uruguay, el 8 de agosto de 1961. Allí presentó un documento secreto que se enviaba al embajador en Venezuela donde expresaba: «Los Estados se verán en la necesidad, probablemente más rápido de lo que se piense, de señalar a los godos, a la oligarquía, a los nuevos ricos, a los sectores económicos nacionales y extranjeros en general, a los militares y el clero, que tendrán en última instancia que elegir entre dos cosas: contribuir al establecimiento en Venezuela de una sociedad basada en las masas, en tanto que ellos retienen por parte de su *statu quo* y riquezas, o tener que hacer frente a la pérdida de los dos (y muy posiblemente la muerte misma en el paredón), si las fuerzas de la moderación y el progreso son desplazadas en Venezuela» (Guevara, 1988a, p. 375).

pueblos del hemisferio para que nos aunemos en una nueva «Alianza para el Progreso». (Borrego, 2006, p. 57)

Pero a la sagacidad de la propuesta no le faltó el recordatorio imperial: «sin embargo, en este preciso momento de máxima oportunidad, nos encaramos a las mismas fuerzas que han puesto en peligro a América a través de la historia, las mismas fuerzas extrañas que intentan imponer una vez más los despotismos del viejo mundo sobre los pueblos del mundo» (Borrego, 2006, p. 57).

El asesor técnico de la entidad al servicio del imperialismo y su ministerio de colonias, la Organización de Estados Americanos (OEA), recibieron la crítica demoledora del Comandante Ernesto Guevara (1988a), en la Conferencia de Cancilleres celebrada en Punta del Este, Uruguay. En ella expresó:

Esta Alianza para el Progreso es un intento de buscar solución dentro de los marcos del imperialismo económico. Nosotros consideramos que la Alianza para el Progreso en estas condiciones será un fracaso. En primer lugar sin que se considere de ninguna manera una ofensa, me permito dudar de que se pueda disponer de 20 000 millones de dólares en los próximos años. Las trabas administrativas del gran país del norte son de tales características que a veces se amenaza –como creo en el día de hoy– de regimentar créditos hasta de 5 millones de dólares para el exterior. Si hay tales amenazas para cantidades tan pequeñas es de imaginarse las que habrá para cantidades tan grandes como las apuntadas. Además, se ha establecido explícitamente que esos préstamos irán a fomentar [la] libre empresa. Y como no se han condenado en ninguna forma los monopolios imperialistas asentados en cada uno de los países de América, o en casi todos, es lógico suponer también que los créditos que se acuerden servirán para desarrollar los monopolios asentados en cada país. Esto provocará, indiscutiblemente, cierto auge industrial y de los negocios. Esto traerá ganancias para las empresas. En el régimen de libre cambio en que casi todos los países de América viven, esto significaría mayor exportación de capitales para Estados Unidos. De tal forma que la Alianza para el Progreso, en definitiva se convertiría en el financiamiento por parte de los países latinoamericanos a las empresas monopolistas extranjeras. (p. 386)

Para los revolucionarios era un imperativo demostrar que el marxismo había llegado a la esencia del problema latinoamericano, entender que la base del subdesarrollo se encontraba en la estructura económico social heredada del colonialismo y el neocolonialismo impulsado por el imperialismo, y agravada por la actuación predatoria sobre los principales recursos naturales de los pueblos, con un patrón de acumulación (como base) que había deformado la economía. La posibilidad de reformar el capitalismo, en vez de conducir al desarrollo, llevaría inexorablemente al control de los monopolios, una vez que se había demostrado por estos propios teóricos del capitalismo que la carencia crónica de capitales conducía a la asociación con capital extranjero y el control monopólico sobre los principales recursos. A ello se contraponía

la teoría marxista de la revolución social como condición para superar el subdesarrollo.

Al lamentar la posición asumida por Felipe Pazos, el Che se refería al evidente retroceso intelectual de este. La industrialización había sido un pilar básico en su concepción teórica, lo cual es palpable al leer las «Tesis económicas del movimiento revolucionario 26 de Julio». Esto ahora quedaba al margen, plegado a los intereses norteamericanos; la industrialización en la planificación del desarrollo era un pilar esencial, pero cedía paso a una supuesta reforma sanitaria como prerrequisito para el desarrollo. Al respecto, en Punta del Este, el Che expresó:

yo no sé, pero casi lo calificaría como una condición colonial; me da la impresión de que se está pensando en hacer la letrina como cosa fundamental. Eso mejora las condiciones sociales del pobre indio, del pobre negro, del pobre individuo que yace en una condición subhumana; «vamos a hacerle la letrina y después que le hagamos letrina, y después que su educación le haya permitido mantenerla limpia, entonces podrá gozar de los beneficios de la producción». Porque es hacer notar, señores Delegados, que el tema de la industrialización no figura en el análisis de los señores técnicos. Para los señores técnicos planificar es planificar la letrina. Lo demás ¡quien sabe como se hará!

Si me permite el señor Presidente, lamentaré profundamente, en nombre de la delegación cubana, haber perdido los servicios de un técnico tan eficiente como el que dirigió este Primer Grupo, el Dr. Felipe Pazos. Con su inteligencia y su capacidad de trabajo, y nuestra actividad revolucionaria, en dos años Cuba sería el paraíso de la letrina, aun cuando no tuviéramos ni una de las 250 fábricas que estamos empezando a construir, aun cuando no hubiéramos hecho la Reforma Agraria. (Guevara, 1988a, p. 363)

Pazos, en sus continuas críticas al joven modelo de desarrollo cubano, fustigó los logros de la Revolución enunciados por Paul A. Baran (1962) y Juan F. Noyola (1962), sobre la base del crecimiento industrial pronosticado en un 46 % para 1961, y entre 10 % y 14 % en 1962; respecto a esto expresaba:

¿Cómo es posible desarrollar una tasa de crecimiento del 10 % al 14 % anual con una economía totalmente desorganizada, con una escasez absoluta de profesionales universitarios, que en su inmensa mayoría ha salido del país y que en las universidades cubanas en fase aguda de radicalismo revolucionario, no están haciendo nada por sustituir, y un equipo capital construido en un 80 % o 90 % en Estados Unidos que no se puede mantener o reparar con partes y piezas fabricadas en la Unión Soviética o en Checoslovaquia? (Pazos, 1990, p. 1197)

Estas interrogantes tenían respuestas que el propio Pazos conocía muy bien, pues en el artículo no mencionaba que en abril de 1961 el país había sido agredido militarmente por el imperialismo yanqui –derrotado en Playa Girón–, y que la preparación previa de la defensa había desangrado el país, pues

muchas fueron las erogaciones realizadas para esos fines. Por otra parte, el sabotaje y la contrarrevolución interna habían esquilado a Cuba muchas veces al utilizar la moneda nacional, lo que contrarrestó el cambio de dinero, aspecto que conocía perfectamente pues se había realizado bajo su presidencia en el Banco. Tampoco aludía a que los profesionales habían emigrado no solo por los traumatismos que presupone cualquier proceso revolucionario, sino porque fueron incitados a la desertión, lo cual era un plan concebido por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA); pero hacía referencia a las trabas para el desarrollo del comercio exterior con el inicio del bloqueo.

A ello la universidad daba respuesta a través de la Reforma Universitaria, proceso que conduciría a la formación de los profesionales comprometidos con la Revolución y que necesitaba, en ese momento, para acometer el desarrollo económico.

Felipe Pazos, hasta aquel momento conocido por su optimismo, reflejaba un profundo pesimismo con un lenguaje lacónico y simplón despojado de toda la grandeza que lo caracterizó en periodos anteriores. Su vocación proimperial continuó, como experto de los llamados estudios para una Cuba poscomunista que se desarrollaron fundamentalmente a través de entidades académicas y oficiales de los Estados Unidos. La expulsión de Cuba de la OEA y la política agresiva del gobierno de Estados Unidos quedaba reflejada así en la Segunda Declaración de La Habana. Allí Fidel Castro expresó:

En Punta del Este el imperialismo yanqui reunió los Cancilleres para arrancarles mediante presión política y chantaje económico sin precedentes, con la complicidad de un grupo de sus más desprestigiados gobernantes de este continente, la renuncia a la soberanía nacional de nuestros pueblos y la consagración del odiado derecho de intervención yanqui en los asuntos internos de América; el sometimiento de los pueblos a la voluntad omnímoda de Estados Unidos de Norteamérica, contra la cual lucharon todos los próceres de Bolívar hasta Sandino [...]. En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a este paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas.

Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, solo sus capas más progresistas estarán con el pueblo [...].

El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios, acude a las mentiras más sutiles para sembrar el divisionismo e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias que solo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar.

El divisionismo, producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras; el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidarios, organizaciones y dirigentes dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que debe quedar atrás [...].

El deber de todo revolucionario es hacer la Revolución. (Castro, 1962, pp. 107-109)

Para Fidel se ha tratado de una lucha irrenunciable entre el imperialismo y el socialismo, entre el capitalismo y la nueva sociedad que tenemos el deber de construir para América y el mundo.

La Alianza para el Progreso fracasó estrepitosamente; en 1967 fue formalmente enterrada por la propia OEA. La política «antitrujillista» y «anticastrista» de Kennedy finalmente se convirtió en una oleada de terror en los años posteriores, como la intervención en República Dominicana en 1965; las dictaduras militares se extendieron en casi todo el continente para socavar la Revolución, con la aplicación de las políticas neoliberales y el consecuente desmontaje del estado desarrollista.

El derrumbe del campo socialista cerró este ciclo. Como señala Nestor Kohan (2006),<sup>9</sup> la ofensiva neoliberal también puede interpretarse como una respuesta a la influencia de la Revolución Cubana una vez que terminaron las condiciones óptimas en que se reflejaron las políticas keynesianas y desarrollistas –las cuales deben interpretarse como resultado de las luchas de clases y no de una llamada fase de oro del capitalismo como tal.

### **El resurgimiento del desarrollismo en el debate contemporáneo de la transición**

Los límites del desarrollismo para explicar ayer y hoy el desarrollo están en su naturaleza reformista y, por extensión, en ser una ideología de una parte de la burguesía latinoamericana ya en fase de extinción, por la profunda transnacionalización y depredación neoliberal de las principales fuentes de riqueza del continente. La burguesía nacional de antaño se transformó por el efecto negativo que sufrió sobre sí, por la aplicación del modelo neoliberal, en muchos casos también cómplice de los saqueos más descarnados de la riqueza nacional en el continente; un ejemplo palpable de ello lo podemos encontrar en los análisis que realiza Atilio Borón (2009, pp. 22-23) sobre este sector en Argentina, lo que se repite con mayor o menor fuerza en cada uno de los países.

<sup>9</sup> «la ofensiva capitalista de los últimos decenios no ha constituido en realidad más que una contraofensiva [...] el neoliberalismo ha constituido una respuesta capitalista frente a la crisis de la hegemonía que el capital padeció a escala mundial durante los 60 [...] así tampoco puede comprenderse la contraofensiva capitalista que se inició a nivel mundial tras la crisis del petróleo de los 70 (signado en América Latina por toda una serie de dictaduras militares si no se tiene en cuenta la agudeza de la amenaza política y cultural que se inicia con la revolución cubana)» (p. 3).

Lo más preocupante del resurgir del desarrollismo es que se convierte en una quinta columna y un elemento retardatario para los luchadores sociales de toda índole; estos reformistas se oponen a la radicalidad de los procesos de cambio descritos dentro del llamado socialismo del siglo XXI y se presentan como panacea del cambio social a contrapelo de la crítica al llamado socialismo real.

Para enfrentar esta tendencia, es importante un estudio profundo, sin sesgos, de las causas de la quiebra del socialismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y Europa del Este. En el escenario mediático de hoy se analiza con frecuencia el papel de los burócratas y el burocratismo como problema central del derrumbe, se soslayan los grandes límites que supusieron para la URSS y los países de Europa del Este el aislamiento y el sabotaje de Occidente y la gran guerra ideológica a la que se enfrentaron. Muchos de ellos, como la URSS, fueron escenario de dos guerras mundiales; como resultado de la última, la Guerra Fría expandió dentro del proletariado mundial el miedo al «fantasma del comunismo». La propia historia económico-social de la URSS se ha convertido en caricatura, se han soslayado las grandes realizaciones para enfocarse en los errores.

En el escenario ideológico de hoy, la teoría estructuralista y los análisis de la teoría de la dependencia son importantes, tal y como asevera Cristóbal Kay (1998); pero la síntesis neoestructuralista que ha tratado de humanizar el neoliberalismo y su aplicación en política económica, en el caso de Brasil (Borón, 2009, pp. 77-79), ha constituido un elemento desmovilizador y retardatario de la verdadera transformación social.

Otro aspecto contemporáneo del análisis del denominado socialismo del siglo XXI es la integración necesaria entre las economías de los países en proceso de cambio y, por lo general, de las latinoamericanas. Este proceso debe pasar por la reflexión más concienzuda y fuerte posible, para que no graviten sobre pueblos de distintos grados de desarrollo y estructuras diferentes los intereses perversos de las burguesías transnacionales. Tal integración debe ocurrir en un proceso de desconexión con la lógica del capital transnacional, como señala Samir Amin (Roffinelli, 2006, p. 19), por lo que significa en la constitución de nuevas relaciones de poder para el desarrollo de políticas comunes medioambientales y la redistribución de utilidades entre las que realmente producen valor para que no se conviertan las nuevas empresas en un mecanismo de extracción de plusvalía en nombre del socialismo.

Políticas redistributivas del ingreso acorde con la expansión de este deben ir acompañadas por la formación de nuevas formas de propiedad que trasciendan las estructuras de antaño creadas por el capitalismo, así como avanzar hacia formas socialistas supranacionales como las ensayadas dentro de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA). El llamado bloque regional de poder es una opción proporcional a los defensores de un orden posneoliberal, de cualquier tendencia. Su expresión más conocida en el plano de una elaboración teórica pertenece a Heinz Dieterich (2007b), en cuyo discurso se aprecian evidentes contradicciones en la actualidad. En dicha obra se le da preeminencia a la creación del Bloque Regional de

Poder como forma de contención del imperialismo y espacio de construcción del socialismo del siglo XXI. Este autor plantea: «El núcleo de esta patria grande solo puede ser el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) que es el único espacio no controlado por Washington, con incipientes estructuras de proto-estado regional» (pp. 67-72).

Más allá de estadísticas que lo confirmen, vale resaltar que MERCOSUR no posee la autonomía que describe este autor; a ello se suma la heterogeneidad de países que lo integran, los sectores sociales que lo lideran y las tendencias que lo conforman, y los sectores en el poder han optado por la defensa de espacios desarrollados en la era neoliberal. Un verdadero germen del bloque regional de poder lo constituye el ALBA, con una nueva forma de concebir las relaciones económicas internacionales y la construcción de escenarios distintos a los que la teoría clásica de la integración describe y que son de amplia utilización en el MERCOSUR, a diferencia del trato diferenciado y la complementariedad observadas en el ALBA.

El llamado socialismo del siglo XXI, con su nueva carga de innovación, no puede separarse de la experiencia histórica socialista. No puede, ni en lo ideológico ni en lo material, separarse del que le antecede a pesar de las profundas diferencias epocales. La revolución bolivariana, con sus características peculiares, no supone una ruptura, sino todo lo contrario; es una continuidad histórica de la Revolución Cubana, lo que se expresa en la actitud de su líder histórico, el comandante Hugo Chávez, y en las políticas realizadas de mutua colaboración.

El modelo desarrollista dentro del socialismo de siglo XXI ha pretendido ser una vía pacífica para construirlo. Se ha comenzado a ver la luz al final del túnel. Cualquier intento, por pacífico que pueda suponer, generará la violencia, primeramente por parte del imperialismo y, después, la propia que genera la resistencia a la dominación imperial. La monumental experiencia histórica de la Revolución Cubana está ante la comprensión de todos, y eso lo sabían los líderes obreros y campesinos latinoamericanos de la década de 1960.

Habrà en América Latina revolución pacífica o revolución violenta, pero habrá de todas formas revolución; si esta llega al poder por la vía pacífica tendrá que prepararse, como la Revolución Cubana, para defenderse con las armas de la acometida del imperialismo y de los sectores reaccionarios, de manera que tendremos la violencia antes o después de llegar al poder; pero el pueblo de América Latina que no se prepare para la vía de la violencia no podrá coronar en breve plazo el impulso revolucionario que lleva dentro de sí (Rodríguez, 1983a, p. 206).

Por último, se reabre dentro del socialismo del siglo XXI la vieja discusión de las formas mercantiles y el Estado en el socialismo; al respecto señala Michael Lebowitz (Borón, 2009): «que el socialismo del siglo XXI, no es estatismo ni puede dar lugar a una sociedad estatista, donde las decisiones se impongan desde arriba y donde toda iniciativa sea potestad de los funcionarios del gobierno o de los cuadros de vanguardia que se autoreproducen [...]. Una sociedad dominada por un estado todopoderoso no genera seres humanos aptos para instaurar el socialismo» (pp. 106-110).

La intención de este autor evidencia un distanciamiento del burocratismo estaliniano, pero en las condiciones actuales y ante la implacable lógica imperial se tiene que tomar en cuenta el fortalecimiento del Estado que será garante del proceso; de lo contrario pervivirán eternamente la lógica del capital, las formas mercantiles de explotación, las formas históricas que generan y regeneran el sistema capitalista, la apropiación privada y la extracción de plusvalía. Ello debe estar acompañado de una praxis política nueva, de mecanismos de dirección diferentes a los tradicionales y funcionales al aparato burgués oligárquico, de la participación ciudadana en la toma de decisiones que se alejen de las prácticas burocráticas, de la corrupción y formas de vivir que pertenecen a la sociedad anterior, y que solo son posibles de corregir con un proceso combinado de creación de valores materiales y espirituales alejados de los hábitos y prácticas nocivas del consumismo que genera la sociedad capitalista. ¡Hombre nuevo y nuevos valores materiales de existencia y un nuevo compromiso con la sociedad! No creemos que la democracia sea el concepto para medir ni la participación ni la distribución, se trata de un ente nuevo con dinámica nueva que tendrá que crear la nueva sociedad.

La coyuntura actual del imperialismo y sus relaciones con América Latina marcan una pauta nueva al respecto, que inevitablemente conducirá a replantearse el fortalecimiento del Estado en aquellos países que trabajan en la construcción del socialismo del siglo XXI. La propia dinámica de la República Bolivariana de Venezuela así lo demuestra: el fortalecimiento del ejército para defenderse de la agresión imperialista y la creación de medios de difusión masiva propiedad del Estado para hacerlo de los ataques mediáticos y calumniadores contra el proceso, la creación de estructuras paralelas para lograr la gobernabilidad e impulsar proyectos de desarrollo que constantemente son torpedeados por una oposición rabiosa. El siguiente paso será, seguramente, la radicalización del proceso ante el empuje de la historia; esta tozudamente se repite, solo que en un escenario mucho más complejo que el que se desarrolló en el siglo XX; a ello se suma la intoxicación neoliberal que pervive en la subjetividad de amplias mayorías aún carentes del compromiso socialista, a la que no escapan teóricos y dirigentes.

El papel transitorio de las formas mercantiles y, por ende, de la aplicación de medidas «desarrollistas», inevitablemente conducirá a la polarización social y a contradicciones de clases –como afirma el Comandante Hugo Chávez–. El Che expresó que el socialismo no se podía construir con las armas melladas del capitalismo; para dirigir la economía y la sociedad desarrolló el modelo conocido como sistema de financiamiento presupuestario, que trataba de negar dialécticamente las experiencias de los monopolios yanquis asentados en Cuba. Aquella experiencia, un intento nuevo de conducir la economía fuera de los marcos de las relaciones mercantiles, fracasó porque la experiencia histórica no estaba madura, pero se asemejaba al ideal posible: una sociedad que produzca los valores de uso necesarios para su reproducción y los nuevos valores morales bajo una nueva cibernética social.

Atilio Borón (2009) se ha referido a la creencia de los clásicos de que el periodo de tránsito al socialismo es breve. La creación de una sociedad sin

Estado, o con otro tipo de Estado, surgirá de la capacidad histórica de los nuevos estados para crear unidades socialistas fuertes que impongan un reto histórico al capital, caracterizadas por la eficiencia, tecnología ambientalmente sustentable, la liberación de sectores económicos de la explotación capitalista y la creación de una nueva división del trabajo acorde con la nueva sociedad, lo que no quiere decir burocratización.

Lebowits plantea que «el socialismo no puede ser el culto a la tecnología. Esta fue una patología para el socialismo, y que se manifestó en la Unión Soviética como minas, fábricas, y granjas colectivas inmensas, que supuestamente lograban economías de escala, pero al precio de burocratizar el proceso de toma de decisiones, desincentivar el protagonismo popular y destruir el medio ambiente» (Borón, 2009, p. 109).

Ciertamente, el centro de atención no puede ser la tecnología, pero sí deberá serlo la nueva ciencia –en los más disímiles ámbitos– que se tiene que encargar del diseño conciente de la nueva sociedad en formación unida a la praxis política. Más allá de las consecuencias históricas del proceso de construcción socialista en la URSS, el problema del tamaño y la optimización de determinadas formas de producción deberán responder a las lógicas internas de cada país; negar el valor de la tecnología y, por ende, a quien la produce –el conocimiento–, es negar la propia esencia del socialismo, una sociedad que en sí misma es obra del conocimiento en su interacción con la praxis. Las relaciones espontáneas entre los hombres sin un proceso conductor –planificación– inevitablemente llevan a regresiones hacia formas mercantiles afines a la lógica del capital. Ello no debe ser tampoco un proceso de coacción de las masas populares y del protagonismo del pueblo, quien en la realidad histórica se convierte en el garante del proceso y a quien le corresponde la mayor cuota de sacrificio, como se ha manifestado en los más de cincuenta años de la Revolución Cubana; así como en el accionar del pueblo venezolano, volcado a las calles, atrincherado en la defensa de su nueva realidad, en una batalla ideológica sin cuartel ante los portavoces del capitalismo.

## Conclusiones

El desarrollismo o estructuralismo, si bien constituye una elaboración progresiva con respecto a otras formas de pensar que históricamente le antecedieron, e incluso otras que le sucedieron, no conduce directamente al socialismo. Por el contrario, es imposible la construcción de un capitalismo nacional para posteriormente construir el socialismo o realizarlo al unísono; incluso, es cuestionable –o aún más, inviable– la posibilidad de construir el capitalismo nacional en América Latina en las actuales condiciones históricas, donde prevalece la lógica del capital transnacional. Si algún valor pueden tener estas ideas, en países donde no estén maduras las condiciones para el futuro socialista, es servir de valladar a la andanada neoliberal en boga y permitir una redistribución más justa de la riqueza.

La posibilidad de construir el capitalismo nacional en la región está en concordancia con las viejas conclusiones que han caracterizado a una parte de la izquierda reformista latinoamericana, la cual no ha logrado sacudirse el

polvo del aprismo tan criticado por Mella y Mariátegui. Hoy, más que nunca, se hace pertinente estudiar los límites históricos y los verdaderos principios del estructuralismo que están contenidos en su teoría y en la praxis política de sus defensores, a lo que se une la enunciación de una economía política del socialismo que tome la experiencia histórica y realice nuevas elaboraciones teóricas, en concordancia con las características del modo de producción capitalista contemporáneo que pretende transformar.

El estructuralismo es una ideología burguesa creada en América Latina para reformar y modernizar el capitalismo en dicha región, lo cual es redimensionado actualmente, tras el escenario adverso y monopolizador de las políticas neoliberales que supuso un límite muy fuerte al desarrollo de la clase capitalista y a determinados sectores de la burguesía latinoamericana. Muchos de ellos acompañan hoy procesos de cambio en algunos países donde se construye el socialismo del siglo XXI y en otros donde no se hace aún, pero se aplican políticas que tienden a redistribuir el ingreso más armónicamente, sin los grandes desequilibrios que impusieron los gobiernos neoliberales. Los políticos que lideran procesos de cambio en la actualidad deben conocer esta lección histórica.

Felipe Pazos (1985), una de las voces más autorizadas y reconocidas del estructuralismo latinoamericano, enfatizaba que la ideología estructuralista era una alternativa al socialismo de su tiempo (p. 569). Ello es válido hoy en las nuevas condiciones históricas donde se construye el socialismo del siglo XXI. En medio de una tenaz contraofensiva neoliberal, los proyectos sociales circunscritos a este se mantienen y pueden exhibir muchos logros en el terreno económico y social, frente a reveses y errores propios de la dialéctica de procesos en desarrollo. Latinoamérica, aun frente a esta contraofensiva neoliberal, tiene posibilidades de continuar un curso diferente en procesos de consolidación de proyectos nacionales alternativos, indudablemente marcados por escenarios nacionales e internacionales de una violenta lucha de clases. Las condiciones de partida para el desarrollo de estos fenómenos se mantienen. A diferencia de Europa, donde los movimientos sociales anti-crisis no han podido articular una alternativa viable a la lógica del capital de corte neoliberal, más bien de lo que se trata para estos es de un replanteo del Estado y la salvaguarda de las conquistas contenidas en los llamados estados de bienestar. El movimiento Occupy Wall Street, de Estados Unidos, carece igualmente de una plataforma anticapitalista, coherente, castrada en los límites de la órbita del Imperio, pero esta lucha no trascenderá el marco de la protesta. Ello incluso no ha sido objeto de debate en las candidaturas a las elecciones presidenciales de 2012. América Latina continúa siendo el foco rojo para la estructuración de un cambio social pues, como hemos apuntado, las condiciones objetivas están allí: es la región del mundo de peor redistribución de la riqueza, de mayor polarización social galopante e inseguridad, las que son detonantes perfectos para la estructuración de movimientos sociales conscientes. Ello será tarea histórica de otra izquierda que trascienda la acomodaticia acción de muchos partidos de esta inclinación que ya no son una alternativa para el cambio social. Solo una nueva ola

juvenil que vaya más allá de los tradicionalismos podrá imponerse a la lógica del capital neoliberal, de ella depende la cuota de sacrificio a aportar. La disyuntiva es pues, como señalara Rosa Luxemburgo: «¡Socialismo o barbarie!».

## BIBLIOGRAFÍA

- BARAN, P. (1962) «Reflexiones sobre la Revolución Cubana», *El Trimestre Económico*, julio-septiembre, pp. 385-402.
- BORÓN, A. (2009): *Socialismo del siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- BORREGO, O. (2006): *Rumbo al socialismo. Problemas del sistema económico y la dirección empresarial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- BOTTI, R. y F. PAZOS (1958): «Tesis del Movimiento 26 de Julio», *Revista Bimestre Cubana*, julio-diciembre, pp. 249-282.
- CASTRO, F. (1962): «Segunda Declaración de La Habana», en *Siete documentos de nuestra historia*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, pp. 95-125.
- CEPERO BONILLA, R. (1983): *Escritos y discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- DÍAZ FARIÑAS, L. (2009): «El pensamiento económico de Felipe Pazos: 1935-1958», tesis de maestría, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.
- DÍAZ FARIÑAS, L. y Z. MEDINA (2006): «El estructuralismo latinoamericano y su recepción teórica en Cuba», ponencia, Evento por los 44 años de Estudios de Economía en la Universidad de La Habana, CD-ROM.
- DIETERICH, H. (2007a): «Cuba y Venezuela: entre la economía de mercado y el socialismo del siglo XXI», <<http://www.rebellion.org/noticias/2007/1/45509.pdf>> [24/7/2011].
- \_\_\_\_\_ (2007b): «Socialismo del siglo XXI», <[http://archivo.juventudes.org/textos/Heinz Dieterich/El Socialismo del Siglo XXI.pdf](http://archivo.juventudes.org/textos/Heinz%20Dieterich/El%20Socialismo%20del%20Siglo%20XXI.pdf)> [24/7/2011].
- GUEVARA, E. (1988a): «Discurso en la Quinta Sesión Plenaria del Consejo Interamericano Económico y Social en Punta del Este», en *Temas económicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 351-380.
- \_\_\_\_\_ (1988b): «Intervención en la Reunión del Consejo Interamericano Económico y Social, en Punta del Este», en *Temas económicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 381-388.
- \_\_\_\_\_ (2004): «Sobre el sistema presupuestario de financiamiento», *El gran debate sobre la economía cubana, 1964*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 63-92.
- KAY, C. (1998): «Estructuralismo y teoría de la dependencia en el periodo neoliberal. Una perspectiva latinoamericana», *Nueva Sociedad*, n.º 158, noviembre-diciembre, pp. 100-119, <<http://www.nuevasoc.org.ve/upload/articulos/27281.pdf>> [4/10/2005].
- KOHAN, N. (2006): «Pensamiento crítico y debate para las ciencias sociales en el seno de la Revolución Cubana», <<http://168.96.200.17/ar/libros/becas/critica/C07NKohan.pdf>> [15/9/2008].
- KOLLÁR, Z. (1989): *Crisis estructural de América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

- MÉSZÁROS, I. (2005): *Socialismo o barbarie. La alternativa al orden social del capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- NOYOLA, J.F. (1962): «La Revolución Cubana y sus efectos en el desarrollo económico», *El Trimestre Económico*, julio-septiembre, pp. 403-425.
- PAZOS, F. (1941): «La economía cubana en el siglo XIX», *Revista Bimestre Cubana*, vol. XLVIII, enero-febrero, pp. 83-106.
- \_\_\_\_\_ (1962): «Comentarios a dos artículos sobre la Revolución Cubana», *El Trimestre Económico*, vol. XXIX (1), n.º 13, enero-marzo, pp. 1-18.
- \_\_\_\_\_ (1983): «Cincuenta años de pensamiento económico latinoamericano», *El Trimestre Económico*, vol. L (4), n.º 200, octubre-diciembre, pp. 1915-1948.
- \_\_\_\_\_ (1990): *Problemas económicos de Cuba en el periodo de transición*, Cátedra Carlos F. Díaz Alejandro, Washington D.C., <<http://lanic.utexas.edu/la/cb/cuba/asce/cubal/pazos2>> [10/3/2008].
- RODRÍGUEZ, C.R. (1983a) «Cuba en el tránsito al socialismo» (1979), en *Letra con filo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 293-417.
- \_\_\_\_\_ (1983b): «El capital extranjero en América Latina», en *Letra con filo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 189-208.
- ROFFINELLI, G. (2006): *La teoría del sistema capitalista mundial. Una aproximación al pensamiento de Samir Amin*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- SORHEGUI, R. (2002): «El problema del desarrollo económico cubano, 1945-1960», tesis de doctorado, Universidad de La Habana.

